

## Qué ha revelado de la Iglesia venezolana la celebración del Concilio Plenario Venezolano

Pedro Trigo s.j.



Cuando una colectividad organizada se propone un acontecimiento de envergadura histórica, no sólo queda modificada sino que se pone en evidencia. La normalidad, en efecto, da por supuestas muchas cosas que no son percibidas conscientemente por los involucrados en ellas. Pero al focalizarse lo que se lleva a cabo, examinando sus presupuestos para proponer profundizaciones de unas líneas y modificaciones de otras, nada puede ser ya dado por supuesto, puesto que se lo somete a examen haciendo ver sus elementos y sus ejes estructuradores. La objetivización de lo implícito no sólo pone al descubierto la situación objetiva, es decir dónde estamos, sino los apegos que tenemos, las resistencias, los impasses, así como también las riquezas y los dinamismos más genuinos.

Eso es lo que ha pasado en nuestra Iglesia. El acontecimiento de un Concilio Plenario Venezolano (CPV) es tan excepcional que no sólo es obviamente el primero que se da en Venezuela, sino uno

de los pocos que han acontecido en la Iglesia; además en nuestro caso venezolano ni siquiera ha habido sínodos, desde el memorable de 1687. La propuesta y la realización del concilio han afectado a nuestra Iglesia, y así, al involucrarse en él o al resistirlo pasivamente, se pone al descubierto su realidad. Esto es lo que pretendemos mostrar en este artículo: cómo el CPV ha puesto en evidencia a la Iglesia venezolana.

En primer lugar nos referiremos al acontecimiento y seguidamente analizaremos los contenidos.

### El acontecimiento

#### Qué aparece de la Iglesia en la convocación del concilio

Podríamos preguntarnos en primer lugar si la institución eclesiástica venezolana se planteó celebrar el Concilio. La pregunta supone que existe la Iglesia venezolana como sujeto social, es decir

Esto pone al descubierto la poca organicidad de la Conferencia: No tiene conciencia de ser el órgano colegiado que se hace cargo mancomunadamente de la Iglesia local venezolana

Este modo de canalizar la convocatoria revela que para los obispos y los curas seculares la Iglesia viene



como órgano articulado que se plantea propuestas y es capaz de llevarlas a cabo. Un cuerpo tan denso, con tanto rodaje, que, habiendo llevado a cabo exitosamente diversas propuestas coyunturales o sectoriales, se ve a sí mismo con tal organicidad que decide expresarse y reconfigurarse de esa manera global, solemne y decisoria. O un cuerpo con problemas serios, pero con la determinación histórica de tomarlos entre manos a la luz del evangelio y aclararlos y dirimirlos enrumbándose hacia soluciones más integrales. ¿Existe entre nosotros ese cuerpo social articulado y dinámico? ¿Fue él el que se planteó el concilio? Creo que la respuesta es que no.

El de la idea fue Mons. Ovidio Pérez Morales. Él tiene la percepción de que la Iglesia venezolana ha ido madurando a lo largo del siglo XX hasta adquirir un grado de densificación institucional y aceptación social que equivale a una mayoría de edad. El concilio sería por un lado la certificación de su adultez y por otro una palanca poderosa para acabar de conseguirla. Parte de los obispos comparte esa visión.

Por eso la conferencia episcopal aceptó la propuesta. Pero tal vez la aceptó sin hacerse cargo realmente de lo que conllevaba un acontecimiento de tal envergadura. Creo que ya lo está aceptando, aunque no podemos decir que cada uno de los obispos se haya involucrado en su realización como algo en lo que la Iglesia venezolana y él personalmente se juegan mucho.

Esto pone al descubierto la poca organicidad de la Conferencia: no tiene conciencia de ser el órgano colegiado que se hace cargo mancomunadamente de la Iglesia local venezolana, que se encarga de tal modo de ella que realmente la lleva en su solicitud pastoral, y que mantiene una relación tan orgánica con el resto del pueblo de Dios que a su vez es llevada por él. Creo que más bien se entienden como obispos de sus respectivas diócesis, que se reúnen de vez en cuando para responder a los requerimientos del Celam y del Vaticano y para tratar de algunos temas de interés general, sin que eso implique un compromiso orgánico. El CPV ha puesto al descubierto que los obispos no constituyen un colegio: el colegio

Es claro que el país no se ha enterado. En parte por los tiempos tan azarosos por los que atravesamos; en parte por la tiranía de los *massmedia* que sólo se dirigen a los eclesiásticos para preguntarles lo que les interesa según su política editorial, pero que tienen un escasísimo interés por la vida de la Iglesia.

episcopal de la Iglesia venezolana. Si no existe en este sentido orgánico la conferencia episcopal, ya que a lo más que llega es a redactar documentos, pero no a proponerse y llevar a cabo proyectos concretos de modo sostenido, menos aún puede decirse que existan las diócesis o las parroquias como cuerpos sociales orgánicos, es decir con órganos diferenciados y articulados entre sí que configuran verdaderos sujetos sociales. En unas diócesis se dan sin duda algunos elementos y otros en otras, y lo mismo en las parroquias, pero no esa organicidad funcional y esa conexión que las configure en cuerpos vivos.

#### **Qué revela de la Iglesia el grado de participación de sus diversos componentes en el concilio**

La segunda pregunta es si los cristianos venezolanos están enterados de que su Iglesia está en Concilio y si participan de él. La respuesta es que quien se ha enterado más o menos y se ha ido involucrando progresivamente es la institución eclesiástica en su organización diocesana: parroquias, zonas, diócesis, regiones. Han participado quienes forman parte, diríamos, del organigrama de las parroquias. No todas ni quizá la mayoría, pero sí bastantes, sobre todo en algunas diócesis. No han participado lo que podríamos llamar los usuarios que asisten esporádica o incluso regularmente a ellas. No se han sentido mayormente involucrados los religiosos(as) ni más en general las instituciones católicas: universidades, centros de reflexión y acción social, organizaciones juveniles... Menos aún, lo que hay de organizado en el catolicismo popular.

Este modo de canalizar la convocatoria revela que para los obispos y los curas seculares la Iglesia viene equivaliendo a la institución eclesiástica diocesana. Claro que se han cursado invitaciones a algunos representantes de instituciones o a provinciales y provinciales religiosos; pero no se les han asignado tareas específicas ya que sobreentendían que se harían presentes en las convocatorias diocesanas o regionales, que estaban basadas en las parroquias. Pero ya la *Ecclesia in America* advertía que, sobre todo en las grandes ciudades, si no había que desechar las parroquias, tampoco podía basarse en ellas la pastoral sino que había que arbitrar otros modos más dinámicos, no ligados a lo territorial. Precisamente los presbíteros religiosos son curas de este modo: no han sido

ordenados para el presbiterio de una diócesis sino para un trabajo apostólico más móvil, en base a funciones específicas y a la animación de campos fronterizos como el mundo de los pobres o el intelectual, más que a la administración sacramental (con todo lo que ella conlleva) de un territorio. Lo mismo podemos decir de muchas instituciones y organizaciones. No se acaba de tomar conciencia de esta complejidad, que es por un lado riqueza y por otro reclama un tipo diverso, menos piramidal y más de redes, de pastoral de conjunto.

Pero si por el lado de la institución eclesiástica diocesana la manera de canalizarse la participación revela un modo demasiado estrecho de entender la Iglesia, por parte de la Vida Religiosa y otras instituciones y movimientos, la escasa participación e incluso el poco interés, revela el estadio centrípeto, es decir atenuados meramente a lo suyo, en que se encuentran. Nos tendríamos que hacer la pregunta de si no se están configurando organizativamente como corporaciones transnacionales. Parecen estar más atentos a su mercado que al país y al pueblo de Dios en él. Éste es un problema serio sobre el que debemos reflexionar.

#### **Qué revela de la implantación de la iglesia en el país el grado de publicidad del concilio**

La tercera pregunta es si el país se ha enterado de que se está celebrando en él nada menos que un concilio, el único que se ha celebrado en estos quinientos años de cristianismo. El único precedente que se parece algo es el sínodo de 1687, que tuvo una larga y minuciosa preparación a la que fueron invitadas cada una de las instancias y los fieles en general, y que se celebró en sesiones muy debatidas. Pero la diferencia es que en él sólo estuvo presente el obispo convocante ya que el sínodo era de la diócesis de Caracas.

Es claro que el país no se ha enterado. En parte por los tiempos tan azarosos por los que atravesamos; en parte por la tiranía de los *massmedia* que sólo se dirigen a los eclesiásticos para preguntarles lo que les interesa según su política editorial, pero que tienen un escasísimo interés por la vida de la Iglesia. Pero también hay que decir que si la Iglesia goza en el país de una credibilidad podemos decir que desproporcionada, ella se refiere a su postura sobre problemas nacionales y no tanto a

Dos elementos del pueblo de Dios, sumamente significativos, brillaron por su ausencia: el primero son los pobres o para decirlo más ampliamente la gente popular. El segundo son los jóvenes. No hubo ninguno.

Como el diseño es adecuado, las discusiones fluyeron en los grupos y hubo buenas discusiones en

su propia proclamación. Pasa algo parecido a la figura del Papa: él es un líder indiscutido, pero casi nadie recuerda algo que él haya dicho. Si los cristianos no escuchan mucho a sus curas y obispos sino que viven su cristianismo, podríamos decir que a lo libre, menos atención les presta el país. Creo que el capital simbólico de la Iglesia venezolana es inmensamente mayor que su organicidad, que su capacidad para promover campañas sostenidas.

Valoramos altamente la atención capilar, incluso la dedicación heroica, que muchos curas y religiosas y muchos grupos de cristianos organizados viene sosteniendo asidua y silenciosamente a lo largo y ancho de nuestra geografía y sobre todo donde la necesidad es más apremiante. Ésa es la fuente escondida, pero siempre manante, del aprecio de muchos venezolanos a la Iglesia y más en general a los católicos. Pero esta acción más tiene que ver con la vida que con la historia, es decir más con procesos, incluso organizados, que con proyectos. Y el concilio es un proyecto muy específico.

#### **Qué revela la composición del concilio**

La cuarta pregunta se refiere ya más directamente a la marcha del CPV: su composición, su método, su ambiente.

La composición refleja mucho de cómo se autoentiende la institución eclesial que es la convocante. El método de escogencia estuvo basado en el organigrama de la institución eclesial diocesana, con el añadido de la representación institucional de la Vida Consagrada, es decir los provinciales y provinciales, y los rectores de las instituciones universitarias católicas y del Consejo nacional de Laicos y los elegidos directamente por la presidencia. No hubo ninguna elección de base y ninguna representación de los laicos desde ellos mismos. Los laicos y laicas de base, que fueron escasísimos, fueron nombrados por los obispos, que tenían derecho a elegir a dos miembros del Concilio en representación de su diócesis. La mayoría escogió a clérigos o a religiosas o a laicos o laicas del tren administrativo; pero algunos nombraron a gente de la base. Dos elementos del pueblo de Dios, sumamente significativos, brillaron por su ausencia: el primero son los pobres o para decirlo más ampliamente la gente popular. Ya dije que hubo alguno, pero aun la mayoría de esos pocos fue convocada por

su trayectoria con instituciones al servicio del pueblo más que por su pertenencia a él. El segundo son los jóvenes. No hubo ninguno.

Así pues, de esta composición se deduce que en el concilio la institución eclesial se representó a sí misma y no al pueblo de Dios en conjunto. Pero no cayó en cuenta de esta sustitución indebida porque inconscientemente se equipara a la Iglesia, porque en este punto fundamental no ha aceptado el concilio Vaticano II. En efecto el giro del Concilio aconteció cuando el Papa rechazó el esquema propuesto por la curia vaticana, basado en el binomio Jerarquía-Pueblo de Dios y lo sustituyó por el de Pueblo de Dios en el que está la Jerarquía, la Vida Consagrada y los Laicos. Vamos a poner el ejemplo de las parroquias. Es totalmente distinto que se considere que la parroquia son los parroquianos, que son el elemento permanente, al que sirven los curas que van cambiando, a que se entienda que la parroquia son los párrocos, que hacen y deshacen según su entender, y que los fieles son los usuarios. Es claro que éste es el concepto de parroquia que de hecho funciona, aun en el caso de que haya bastante participación. La prueba de que es así es que si otro cura la corta, la gente no tiene derecho a decirle que él no es quién para decidir, que eso le toca a todos. En este punto el Vaticano II no se ha implementado institucionalmente. Por eso está menguando la Iglesia en Europa hasta casi desaparecer, y también quedará reducida a un ghetto en América Latina, si no cambiamos de esquema.

#### **Qué revela el método**

El método, salvo en un punto, expresa una decidida voluntad de participación con la convicción de que la elaboración mancomunada enriquece los documentos y en todo caso éstos son expresión real del Concilio. El método parte de la constitución de comisiones para cada uno de los temas que la asamblea decidió tratar. Entre una sesión y otra, la comisión elabora el texto sobre el tema, que presenta a la asamblea. Ésta se divide por grupos que dan su parecer sobre si el documento ofrece base para ser discutido y aprobado con las modificaciones pertinentes o si es necesario volver a elaborarlo. Si el documento pasa, nuevamente las comisiones presentan todas las modificaciones que estimen convenientes, tanto de enfoque como de

Este ambiente, que se expresa sobre todo en los grupos y en las intervenciones en la asamblea, revela que en nuestra Iglesia hay buen espíritu.

estructura como de contenido. La comisión redacta un nuevo texto recogiendo los aportes que cree a bien incorporar; nuevamente los grupos lo discuten, y ya es la asamblea la que mediante discusión y votación los incorpora o rechaza. Nos parecen bien los tres elementos del método: la comisión, que debería ser un órgano cualificado respecto del tema en cuestión, los grupos, en los que se puede dar una discusión madura, y la asamblea, que no puede perder su condición de deliberante, además de decidir. Como el diseño es adecuado, las discusiones fluyeron en los grupos y hubo buenas discusiones en la asamblea, tal vez las primeras discusiones públicas de la Iglesia venezolana moderna.

Éste es el punto fuerte del CPV, el que puso en evidencia lo más genuino de nuestra Iglesia: su capacidad de ir más allá de los cauces habituales, en los que no se da la discusión abierta ni la deliberación madura, en los que no existen órganos en los que los participantes se sientan libres para dar su parecer con una genuina fraternidad y llegar a acuerdos consensuados. El Concilio no sólo fue capaz de inaugurar esta práctica, a la que sus componentes no estaban, repito, habituados, sino que lo hizo con alegría, con entusiasmo, con perspicacia, aunque también con coraje, imprescindible para romper barreras, y con temor y dolor porque se estaban saltando modos inventados que se habían sacralizado.

¿Qué relució de nuestra Iglesia en esta práctica? Que los cauces habituales ahogan lo más genuino de ella; y por eso que, si se cambiaran, todos saldríamos ganando, porque cuando se cambiaron en el CPV todos (las excepciones confirman la regla) se sintieron contentos con la alegría del Espíritu Santo. Nuestra Iglesia tiene potencialidad para pasar a otro esquema, mucho más participativo y sinodal. Esto es una buena noticia. Una noticia tan nueva y tan buena que pocos estarán dispuestos a creerla; pero de la que la experiencia conciliar no deja lugar a dudas.

Sin embargo, dijimos que el método tenía un punto débil, que en la última sesión lo desbarató todo, independientemente de cómo salgan los textos. Es la rigidez de la comisión temática. Si, como ha sucedido en la mitad de los casos, la asamblea rechaza un texto y no se cambia la comisión encargada de redactar el texto alternativo, son muy pocas las posibilidades de que la nueva redacción sea sensiblemente superior. Si la asamblea propone muchas modificaciones y serias

a un texto, y la encargada de recogerlas es la comisión que lo elaboró, es poco probable que queden recogidas. Si no hay un tiempo amplio en la asamblea para volver a proponer las enmiendas desechadas y votarlas, el texto será de la comisión y no del Concilio. Es lo que sucedió en la última sesión: la asamblea se disolvió sin saber cuáles iban a ser los textos finales, ya que todo quedó en manos de las comisiones.

¿Qué aflora de nuestra Iglesia en esta rigidez? Que la Conferencia Episcopal es no un cuerpo colegiado, sino un encuentro de coroneles que tiene que repartirse las tareas de modo que nadie se sienta preterido. Por eso, para no herir los sentimientos de uno, se puede votar un documento que no parece, con grave detrimento para la Iglesia y el país. En lenguaje de espiritualidad diríamos que por un respeto humano se sacrifica un fruto eclesial. Hay aquí un punto en el que habría que avanzar para que lo bueno que indicamos dé fruto.

#### Qué revela el ambiente

Del ambiente habría que decir sencillamente que va siendo muy bueno. Domina claramente la fraternidad cristiana (fruto del encuentro gozoso de cristianos diferentes pero de común dignidad mutuamente reconocida) sobre las relaciones piramidales que se suelen formar cuando se sacralizan las diferencias, como si el ministerio en vez de ser servicio fraterno fuera dignidad y potestad. Me parece oportuno señalar lo excepcional de este ambiente en nuestra situación. Claramente no se da en ningún foro político. Pero en otros foros en los que institucionalmente están representadas personas de muy diverso nivel y rango social, lo normal es la confrontación o la condescendencia, sin auténtica escucha y respeto por la opinión de cada uno. Habla bien alto de la madurez de la asamblea el que la gente no se calle por bien de paz, que se den discusiones apasionadas y razonadas, y que todos acepten que ése es el modo de ejercitar la corresponsabilidad y de llegar a acuerdos del cuerpo social como superación del modo habitual y recortado de entender la democracia como dictadura de la mayoría sobre la minoría.

Este ambiente, que se expresa sobre todo en los grupos y en las intervenciones en la asamblea, revela que en nuestra Iglesia hay buen espíritu. Revela más aún que la equivalencia funcional entre Iglesia e institución ecles-

El indicio de que en una  
asamblea existe una  
decidida voluntad de  
transformación es que se  
comienza poniendo el  
dedo en la llaga, es decir  
que se describen con el  
mayor realismo posible  
los núcleos  
problemáticos

Mi hipótesis es que este  
método dio miedo. Dio  
miedo enfrentarse  
desnudamente con los  
problemas.

siástica, que impide las relaciones fraternas, siendo el talante de nuestra Iglesia, no la totaliza de ningún modo. Si en el Concilio obispos, curas, religiosos y religiosas y laicos y laicos han estado deliberando como cristianos aportando cada cual su riqueza, y al encontrarse en estas relaciones horizontales y mutuas se han sentido contentos y han palpado la fecundidad de este modo de encontrarse, eso significa que la estructura actual, unidireccional y vertical, no expresa que somos así y que no podemos hacerlo de otro modo. Expresa malformaciones institucionales que amenazan con deformar a las personas, pero dejan sin expresar lo mejor que tenemos como cristianos, que en otra estructuración se manifestaría adecuadamente y así se consolidaría. Ésta es, pues, una tarea pendiente.

#### Los contenidos

Respecto de los contenidos la pregunta es si el concilio se viene planteando en sus diversos documentos una transformación superadora de la realidad o si se limita a recoger la doctrina que existe sobre cada punto y a proponer lo que ya se hace o a pedir que se haga lo que no se hace o se hace mal sin preguntarse antes por qué se llegó a ese estado de cosas y por qué no se ha superado hasta hoy.

El indicio de que en una asamblea existe una decidida voluntad de transformación es que se comienza poniendo el dedo en la llaga, es decir que se describen con el mayor realismo posible los núcleos problemáticos, esos nudos de cuyo esclarecimiento y solución depende la solución de muchos otros problemas. Ahora bien, este esfuerzo analítico, con ser imprescindible, es también insuficiente. Debe ir complementado por el trabajo sagaz de expresar lo que el Señor ha puesto en nosotros como tesoro, pues sólo cultivándolo podremos sacar las energías que necesitamos para superar nuestras limitaciones e infidelidades. ¿Se ha seguido este método?

#### Dificultad de hacerse cargo de la realidad y proponer superaciones reales

El material de la parte analítica se ha distribuido en luces y sombras. No se puede decir que las sombras equivalgan a los núcleos problemáticos ni las luces al tesoro que nos dinamiza. La enumeración de elementos, en la mayoría de

los casos muy profusa, diluye más bien la atención, impidiendo que se fije en lo que realmente es decisivo. Si al elenco hubiera seguido el esfuerzo por agrupar los elementos y establecer las relaciones de causa y efecto, se habría llegado a los núcleos tanto problemáticos como dinamizadores. Estas observaciones metodológicas fueron expuestas reiteradamente tanto a los responsables del concilio como dentro de la asamblea. Pero no fueron acogidas. Mi hipótesis es que este método dio miedo. Dio miedo enfrentarse desnudamente con los problemas.

Más aún, en un caso, el más significativo de todos, el concilio rechazó expresamente enfrentarse con la realidad. Me refiero a la propuesta de los religiosos(as) de que el concilio se abocara ante todo al problema de la equiparación práctica entre Iglesia e institución eclesiástica. Las razones no podían ser más claras. Si de hecho la Iglesia es la institución eclesiástica, no existe el sujeto para llevar a cabo nada de lo que se proponga el concilio. Luego no tiene sentido comenzar por otros temas, si van a quedar en el aire, sin que nadie los asuma. Eso, además de la infidelidad radical que significa la apropiación de la Iglesia por parte de la clerecía, ya que equivale a negar la fraternidad que nos constituye en Iglesia cuando nos llevamos mutuamente. Hay que decir que la propuesta fue rechazada airadamente. Las razones esgrimidas fueron que eso era despreciar los trabajos que habían preparado las comisiones para esta primera sesión; que, cuando llegara la ocasión, se trataría el tema. El hecho es que cuando en la sesión segunda se aprobó el tema de la comunión en la vida de la Iglesia, no se puede decir que el texto significó la asunción real del problema y una propuesta de solución efectiva. En efecto, aunque se afirma que "persiste una identificación de la Iglesia con sus expresiones institucionales y jerárquicas" (14), no se desglosa esta observación analizando sus manifestaciones y causas. Más bien hay una reticencia muy marcada al señalarlas: Se habla de "algunos pastores" (16) y de "algunas comunidades de vida consagrada" (21); refiriéndose a los movimientos se dice que "algunas veces" (15) han caminado paralelamente; o más genéricamente aún se alude a "una arraigada actitud individualista y fragmentaria por parte de algunos miembros de la Iglesia" (21). ¿Es esto afrontar un problema tan arrai-

También la visión teológica no es ni un tratadito sobre la familia ni la exposición disciplinar del magisterio sobre el tema sino una verdadera iluminación.

gado y decisivo? En el actuar ¿basta con proponer el desafío de “hacer nacer y crecer la fraternidad en medio del Pueblo de Dios (73; cf 83)” Algo más concreta es la propuesta de “incentivar un proceso de conversión de vida en quienes participan del orden sacerdotal en sus distintos grados, para que sus actitudes se encaminen hacia una comunión afectiva y efectiva dentro del Pueblo de Dios” (66), y el añadido respecto del obispo de la necesidad de redimensionar su ministerio para que se ejerza “no tanto en su función jerárquica sino como hermano y servidor” (69). Con todo no basta con esto para ponernos en camino de superar el secuestro de la Iglesia por parte de la clerecía.

La reticencia en el señalamiento de los problemas concretos queda patente en un ejemplo significativo. A la comisión encargada del tema de los presbíteros le llegó la siguiente propuesta: “Aunque la mayoría de los presbíteros se esfuerza en vivir su celibato como camino de libertad para amar a todos desde una vida centrada en Cristo y en el ministerio, sin embargo hay otros que se enredan en problemas por falta de madurez humana y solidez cristiana para vivir en soledad, agravados a veces por no hacer vida comunitaria en su parroquia. No faltan tampoco desgraciadamente quienes escandalizan al pueblo con su falta de respeto a la mujer y más todavía con prácticas homosexuales”. La comisión lo presentó a la asamblea del siguiente modo: “Aunque la mayoría de los presbíteros se esfuerza en vivir su celibato como camino de libertad para amar a todos desde una vida centrada en Cristo y en el ministerio, sin embargo hay otros que no logran vivir plenamente su compromiso por falta de madurez humana, solidez cristiana, vida comunitaria y fraternidad en el presbiterio”. Tras las intervenciones de obispos y presbíteros en la asamblea, la redacción final es como sigue: “Los presbíteros con esfuerzo y en cooperación con la gracia divina, viven su celibato como camino de libertad para amar a todos desde una vida centrada en Cristo y en el ejercicio del ministerio; a su vivencia plena contribuyen la madurez humana, solidez cristiana, vida comunitaria y fraternidad en el presbiterio”. ¿Están determinados a transformar la realidad quienes ni siquiera tienen el valor de reconocer los problemas?

### **Congruencia entre hacerse cargo de la realidad y responder a sus retos**

Para irnos al extremo opuesto, en el caso de la familia sí se asume la realidad. En este tema no se recurre al elenco de luces y sombras sino a caracterizar, tanto la familia matricentrada como la tradicional troncal como la moderna nuclear. Se puede estar en desacuerdo con que se le haya dado más relieve a un rasgo que a otro o con el peso excesivo de la familia matricentrada, pero no cabe duda de que se describen realidades estructurales e incluso la dinámica histórica, es decir que se comprende la realidad de la familia en el país.

También la visión teológica no es ni un tratadito sobre la familia ni la exposición disciplinar del magisterio sobre el tema sino una verdadera iluminación, tanto del papel de la familia en el designio de Dios, que es que todos los seres humanos formemos parte de la familia de Dios, como de cómo debe estar constituida la familia para que pueda cumplir esta misión, y por tanto la condición de símbolo, de misterio, que tiene la familia por su afinidad interna con el misterio cristiano. “Este horizonte lo proponemos no como una ley para que se tropiece con ella sino como un evangelio para que se descubra su valor y las personas se dirijan en esa dirección” (40). En esto consiste la pastoral: en presentar este horizonte como lo más humano que cabe en esta vida y en el “acompañamiento de todas las familias de Venezuela desde su situación real histórica hasta el ideal de la familia redimida por la fe y el Evangelio” (48). Así pues “un camino progresivo, superador, plenificador” (40), no una ley que segregue de entrada.

Tomando en cuenta esta situación se elaboran los retos. Si en la familia matricentrada el padre cuenta poco y en la troncal se desentiende de la marcha cotidiana de la casa, el primer desafío será promover la figura integral del padre. Si en la familia matricentrada la relación absoluta es madre-hijo y en la troncal la mujer es la madre de los hijos y la señora de la casa, el segundo desafío será construir parejas consistentes en las que ambos sean ante todo compañeros y amigos. Si la transformación que hay que operar en los modelos familiares que están tan introyectados es fuente de desajustes y conflictos, y si la familia es un nudo de relaciones donde repercuten los problemas del país a los diversos niveles, es claro que un desafío impostergable es ayu-

Ante esta realidad se propone que la catequesis sea sobre todo de adultos y que esté encaminada a constituir comunidades de testigos.

dar a las familias a procesar los conflictos de modo que la relación quede profundizada. Si la pastoral está regida por el derecho canónico, otro desafío será ampliar el concepto de pastoral. Obviamente había que haber concluido que había que relativizar el derecho canónico. Me refiero al concepto esencial de epiqueya: la familia venezolana no está contemplada en el derecho. Pero aunque en privado muchos obispos están convencidos de que es así, no hay aún en la Iglesia suficiente libertad evangélica como para sostenerlo públicamente. Pese a esta última limitación, que impide la congruencia total del documento, es claro que sí indica una dirección que significa una transformación a fondo del tratamiento pastoral del tema. No abrigamos muchas esperanzas de que la mayoría de los clérigos lo recibirá, pero, si las familias lo llegan a conocer, a la larga sí habrá una transformación. En este caso el concilio se hizo cargo de una realidad bien sensible para todos y propuso realmente una buena noticia respecto de ella.

#### **Congruencia elitista**

En el caso del documento sobre catequesis estamos en un término medio. Por un lado se asume la realidad de que se da por supuesto que somos un pueblo evangelizado sin que lo seamos (al menos en aspectos nucleares), y por eso no se propone la catequesis de adultos. La de niños es más nocional y memorista que una verdadera introducción vivencial a la vida cristiana dentro de la comunidad cristiana, que en muchos casos ni siquiera existe. Ni la palabra de Dios ni la realidad son parte sustantiva de la catequesis. Ante esta realidad se propone que la catequesis sea sobre todo de adultos y que esté encaminada a constituir comunidades de testigos. Estas comunidades estarán capacitadas para introducir a la experiencia, visión y compromiso cristiano, tanto a adultos como a niños. De ellas saldrán los catequistas, como un carisma muy específico dentro del pueblo de Dios, y también la catequesis como un itinerario procesual y orgánico de iniciación a la vida cristiana acompañando las diversas fases de crecimiento: desde la niñez a la juventud pasando por la adolescencia. Entonces se dará paso a la educación permanente de la fe, sobre todo mediante la lectura orante de la Biblia y la lectura cristiana de los acontecimientos.

El documento sobre catequesis es el más coherente de todos. ¿Qué revela de nuestra Iglesia? Ante todo la existencia de muchísimos catequistas a lo ancho y largo de nuestra geografía; pero también la reflexión, por lo menos desde el primer postconcilio, sobre cómo dar una catequesis cada vez más adecuada, tanto a la renovada visión del cristianismo, como a la índole del país y sus diferentes grupos, como a la altura del tiempo histórico. Lo más orgánico de nuestra Iglesia venezolana es la catequesis. Y es en lo que más colaboran presbíteros, religiosas(os) y laicos.

La limitación del documento es su carácter críptico. No está al alcance de la mayoría de los párrocos, menos aún de la mayoría de los catequistas y muchos menos de los cristianos de a pie. No estoy aludiendo sólo al lenguaje, que ya es mucho. Me refiero más aún a la concepción del itinerario catequístico, basado en ciclos de reuniones con materiales especializados. Me temo que esta característica va a limitar seriamente su alcance. Ella indicaría una asunción más nocional que real, en el sentido de contextualizada, de la propuesta. Por eso no ha caído en la cuenta de que lo fundamental a nivel de estructura es pasar de lo nocional a lo narrativo y prático, ya que como la revelación es histórica el modo más adecuado de referirse a ella es narrarla (por eso la catequesis debe basarse en los evangelios, no sólo como fuente sino como texto), y como la historia está abierta, sólo por la praxis espiritual nos introducimos realmente en ella.

El documento tenía que haber distinguido más entre una necesidad sentida y la respuesta a esa necesidad, por un lado, y un método concreto para desarrollarla, por otro. Al no distinguirlos, la limitación del método puede afectar a la propuesta, que nos parece impostergradable.

#### **¿La fuente es el Evangelio o los documentos eclesiásticos?**

Otro caso bien distinto es el de la Biblia. Se constata que la Biblia (sobre todo los evangelios) no es el pan de cada día de los cristianos: ni su libro de cabecera ni la fuente de su espiritualidad ni el fundamento de las homilias ni la base de la catequesis y de la teología ni la palabra que da sentido a los sacramentos ni el horizonte desde el que se juzgan los acontecimientos históricos y se vive la cotidianidad. Eso se dice del pue-

"Recuperar en el ámbito católico, en todo el proceso de iniciación cristiana y en toda la vida, la lectura orante de la Biblia, que lleve a la adhesión de corazón y a la entrega vital a la persona y mensaje de Jesucristo"

Creemos que el CPV pone al descubierto que tenemos que realizar algunas reformas muy de fondo. La madre de esas reformas es la inmersión de la institución eclesial en el resto del pueblo de Dios.

blo de Dios en general y específicamente de los presbíteros. Por eso se propone muy solemnemente revertir esta situación: tanto a nivel de la espiritualidad de los presbíteros y del resto del pueblo de Dios como a nivel de catequesis, predicación y formación permanente. El primer documento establece así en el primer desafío como primera línea de acción: "Recuperar en el ámbito católico, en todo el proceso de iniciación cristiana y en toda la vida, la lectura orante de la Biblia, que lleve a la adhesión de corazón y a la entrega vital a la persona y mensaje de Jesucristo" (106). Congruentemente su primera decisión es "entregar la Biblia al pueblo" (152-157).

Y sin embargo la iluminación teológica de la mayoría de los documentos aprobados se alimenta no de los evangelios sino de los documentos del magisterio. ¿Cómo se explica esa incongruencia? Esa incongruencia tan maciza revela que la institución eclesial es consciente de esa terrible carencia, de que la referencia al evangelio no es de hecho su referencia primaria. Le parece claro que esto no debe ser así y por eso con toda sinceridad proclama que debe revertirse la situación. Pero lo que no quiere plantearse es el presupuesto de este desplazamiento. Éste consiste en que los documentos, sobre todo vaticanos, que pretenden ser una aplicación de ese horizonte bíblico, sin embargo de hecho en sus vidas han sustituido a ese horizonte. ¿Por qué? Porque su identidad es la de ser gente de la institución: ése es el nivel al que se mueven, por eso es lo que les sale. Eso significa que en este nivel (es decir cuando actúan de oficio) su identidad última no la da la referencia al Jesús de los evangelios y a su Padre. Pero esto no aparece así ante sus conciencias porque inconscientemente se hace la equivalencia entre el evangelio y los documentos oficiales. Como decía ingenuamente un obispo ya fallecido: "No sé qué moda les ha entrado de recurrir en cada caso a los evangelios cuando está más claro en el catecismo". Para ese buen señor obispo era obvio que el catecismo era la adaptación congruente y autorizada de los evangelios a nuestro mundo. ¿Qué conclusión habría que sacar? Que sin un cambio de identidad que relativice lo que se absolutiza (la condición de eclesial) y que absolutice lo que se relativiza (la condición de cristiano) los evangelios no van a ser la fuente de la espiritualidad ni de la pastoral, ni se va

a entregar la Biblia al pueblo. ¿Se está dispuesto a este cambio?

El análisis de los contenidos es casi inacabable. Por eso lo concluimos aquí, esperando haber ofrecido ejemplos suficientemente iluminadores sobre la realidad de nuestra Iglesia.

Creemos que el CPV pone al descubierto que tenemos que realizar algunas reformas muy de fondo. La madre de esas reformas es la inmersión de la institución eclesial en el resto del pueblo de Dios. Esto no será posible hasta que tanto los presbíteros como los laicos no consideren en la práctica que la Iglesia somos todos y que no es propiedad de los clérigos. Éstos tienen que dar lugar a los laicos y los laicos deben ocuparlo. Esto no será posible si ambos no acentúan significativamente su ser cristiano, anterior a la diferenciación, meramente funcional y por eso no escatológica ni sagrada, entre clérigos y laicos.

La realización del concilio nos ha hecho ver que cuando nos reunimos como cristianos, es decir como hermanos, a tratar los temas más hondos que llevamos en el corazón, nos sentimos contentos y el encuentro es fecundo. Eso significa que tenemos capacidad para reestructurarnos y que, si lo hacemos, todos saldremos ganando. ¿Nos atreveremos a dar el paso, o mejor a seguir dando pasos cada vez más decididos en esta dirección?